

Un collage de recuerdos

Leñero: cómo aprendí a escribir

Felipe Garrido

Leñero a Ana Cruz Navarro: Desde niño fui un gran lector. Mi padre nos acostumbró a leer mucho. Lo que quería hacer desde joven era inventar historias. Al leer, el lector satisface la necesidad de vivir un poco más. La vida es muy limitada. La gente va al cine porque allí vive más; vive las historias que no puede experimentar por su propia cuenta. Al escribir, el autor se asoma a muchas vidas. Eso me gustó desde joven, y la ingeniería me enseñó a ordenar y a estructurar mis ideas.

Me atrae el misterio del personaje; el enigma de ese ser sobre el que escribo. De los personajes sé lo que voy escribiendo, pero quedan muchas cosas oscuras. Nunca llego a saberlo todo.

Leñero a Susana Garduño: La vocación literaria es un fenómeno misterioso. Uno lee y, de pronto, uno quiere también escribir, y casi copiar a los autores que a uno le entusiasman. Yo me contagié leyendo a Verne, Salgari, Mark Twain. Me contagié del teatro viendo teatro.

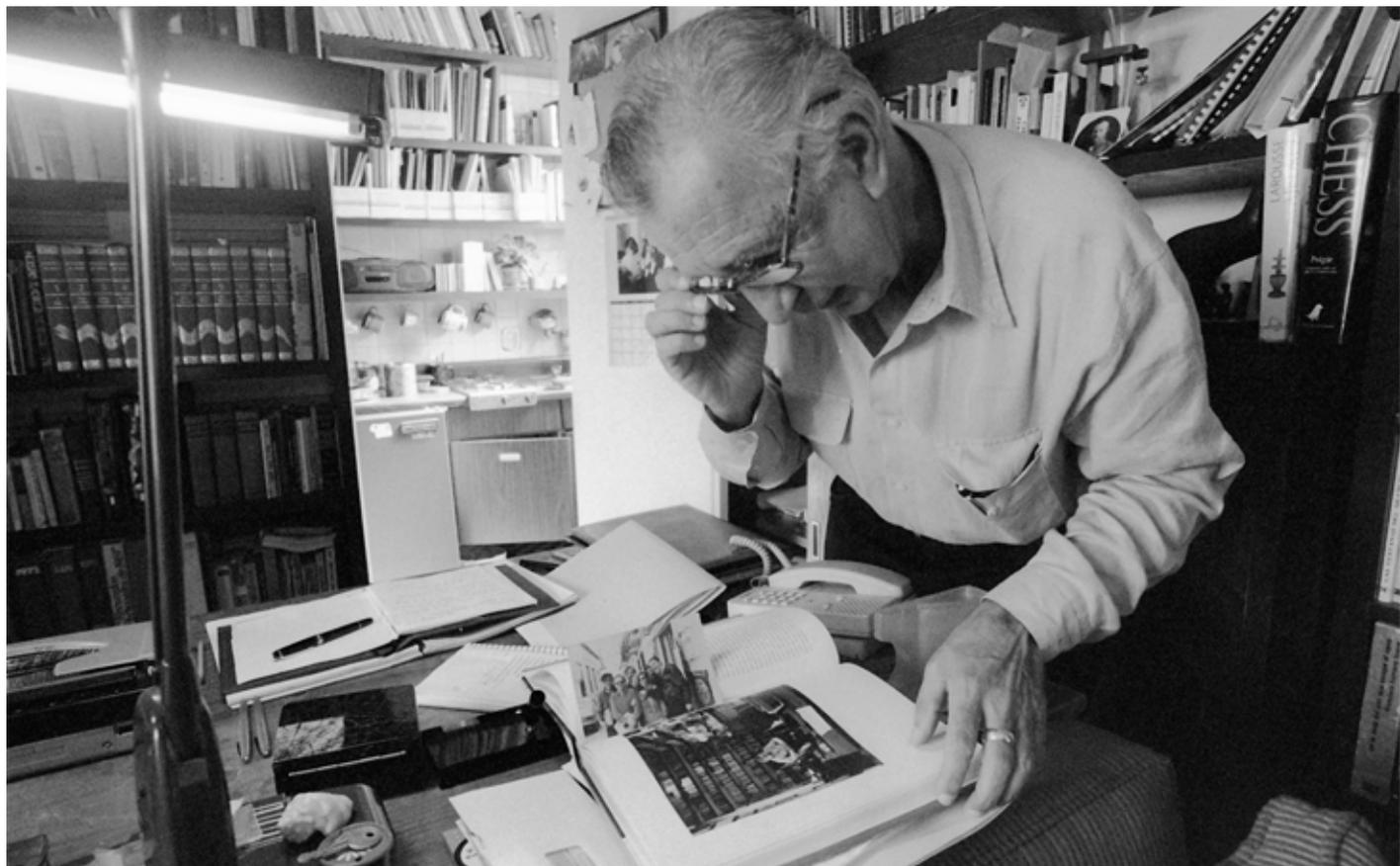
Leñero estudió ingeniería, pero quería escribir, así que, al mismo tiempo, estudió periodismo. En 1956, el Comité Diocesano de México de la ACJM organizó un concurso en el que Vicente Leñero Otero, “alumno de primer año de la Escue-

la de Periodismo Carlos Septién García”, obtuvo el primer premio con un cuento titulado “La banqueta de mi calle”.

Una brigada de trabajadores transforma “la vieja banqueta que por años permaneciera desnuda y olvidada [...] en una elegante acera de concreto”. *Para el narrador, que “la ruta feliz que nos acercaba a Dios” estuviera a punto de ser renovada le traía de pronto* “el recuerdo de mis cercanos días infantiles [...] el sabor de mis primeras oraciones, el aliento de mis ruegos estudiantiles, el temor inocente de mis pecados veniales [...] cuando, vísperas de viernes primero, iba a confesar travesuras, pleitos, desobediencias”. *Aquella banqueta de tierra sabía* “el pulso de mis faltas y el arrepentimiento que siempre las acompañó. A ella antes que al sacerdote, conté [...] las veces que reñí con mis hermanos, los días que desobedecí a mis padres, las innumerables ocasiones en que vencido por la tentación llegué a tirar con todas mis infantiles fuerzas de las largas trenzas de la vecinita de enfrente. Hoy iba a quedar enterrada: un diluvio de concreto estaba a punto de sepultarla para siempre. Nacería otra, sí; más nueva, más amplia, más moderna, pero sin la historia y sin el significado que dejaba sobre mi alma la primera”. *¿Cómo conservar ese pasado a punto de desaparecer?* “Cuando los albañiles terminaron de emparejar la última capa de cemento [...], me acerqué sigilosamente; y sin que nadie me viera, con la punta de un alambre, dibujé mis iniciales minúsculas y temblorosas...”.

“La banqueta de mi calle” fue el principio. Leñero estaba apenas aprendiendo a escribir.

Este texto se ha formado a partir de entrevistas de Ana Cruz Navarro y Susana Garduño, más *De cuerpo entero*, UNAM/Corunda, México, 1992; *Lotería*, Joaquín Mortíz, México, 1996; *Puros cuentos*, Editores Mexicanos Unidos, México, 2004.



VIVIR DEL CUENTO

Para Agustín Monsreal

Era 1957, 1958; los años en que muere Pedro Infante, en que López Mateos es destapado y sube a la presidencia, en que los maestros desatan su gran huelga nacional, en que Luis G. Basurto estrena *Miércoles de ceniza* y Elena Garro *Un hogar sólido*, en que Octavio Paz publica *Piedra de Sol* y Josefina Vicens *El libro vacío* y Guadalupe Dueñas *Tiene la noche un árbol* y Sergio Fernández *Los signos perdidos* y Carlos Fuentes *La región más transparente...*

En ese entonces yo escribía sin saber y sin pensar; me sentaba frente a la Rémington negra de mi hermano Armando, máquina-tanque de teclas redondas como corcholatas, y sin llevar de antemano planeado el tema, la atmósfera, la estructura, todo lo que después aprendería como muy importante para el escritor de cuentos, me ponía a hilvanar palabras sobre las amarilluscas horribles hojas de papel revolución. Escribía sin pensar. El cuento se me inventaba solo. Los personajes y las peripecias brotaban como quien destapa de golpe un bote de basura. Eran historias negras, o tristes; pequeños relatos cuya crudeza me espantaba luego y a la que un espíritu redentor agregaba el parche de la moraleja final a la manera del padre Luis Coloma o del padre Carlos M. Heredia, tan admirados entonces, aún hoy en el recuerdo pese a lo que pudieran opinar las nuevas generaciones que ya no saben

ni sabrán jamás quienes fueron Coloma y Heredia, hacedores de cuentos ejemplares durante mi madrugada literaria.

Escribía cuentos sin pensar, automáticamente, obsesivamente, frenéticamente: vapuleando sin parar la Rémington desde la primera sangría de tres golpes hasta el punto final en la cuartilla seis o en la nueve. Hasta ese instante, y a semejanza del corredor de los cuatrocientos metros, luego de cruzar la meta me ponía a jalar aire con toda el ansia, a desinflarme finalmente sobre la silla, agotado por el terrible esfuerzo sostenido.

Desde luego no hacía caso de consejos. Me recomendaban meditar el tema, conformar en la imaginación la psicología de los personajes, estructurar con esmero las etapas del planteamiento, del nudo, del desenlace, y por supuesto, primero que nada, antes que todo esto, estudiar a los sabios y a los teóricos de la ciencia y el arte del estilo. Y los estudiaba, claro que sí. Los leía con atención, hasta subrayaba párrafos y acotaba páginas, pero desde luego no ponía en práctica consejo alguno porque me ganaba la ansiedad de escribir, la cuerda suelta de sentarme y no pararme sino hasta el fin, el impulso maravilloso que hace muchos años se me extravió en el camino pero que en ese entonces me permitía escribir cuentos de una sola sentada, guardados luego en un fólter amarillo o publicados a veces en la revista *Señal*, donde hacía mis pininos periodísticos.

Una mañana de 1958 me topé con la convocatoria lanzada por un efímero Frente de Estudiantes Univer-

sitarios de México que bajo el lema *Libertad, unidad y cultura* convocaba a un Primer Concurso Nacional de Cuento Universitario cuyo jurado sería, nada más y nada menos: Guadalupe Dueñas, Henríque González Casanova, Juan Rulfo, Jesús Arellano y Juan José Arreola.

Me impresionó el jurado, me despertó ambición el monto de los premios (2,500 pesos al primer lugar, 1,500 al segundo), pero me ilusionó sobre todo la posibilidad de hacerme notar ante aquella gente culta que ya tenía boleto de butaca numerada en la luneta de la literatura nacional.

No acababa de leer la convocatoria cuando ya estaba ante la Rémington escribiendo un cuento que también, como digo, se me fue ocurriendo en el momento de escribirlo. Esa misma tarde lo pasé en limpio de una sola sentada y lo titulé “La polvareda”. Era un cuento de ambiente rural, por calificarlo de algún modo, que por supuesto copiaba al Rulfo admiradísimo a quien descu-

brí dos años antes, cuando volaba a Madrid a comenzar una beca en el Instituto de Cultura Hispánica.

Ahí en Madrid, durante la maravillosa clase de literatura hispanoamericana que impartía Gonzalo Torrente Ballester, me atreví a preguntar al erudito español qué lugar merecía para él el mexicano Rulfo entre aquellos gigantes que nos instaba a devorar: Unamuno, Baroja, Azorín, Machado, Camilo José Cela... Pero Torrente Ballester no había escuchado ni siquiera el nombre de Rulfo, y en el desdén con que lo dijo me sentí desde entonces humillado como mexicano y como escritor mexicano que ansiaba ser. Al terminar el curso obsequié a Torrente Ballester mi ejemplar de *Pedro Páramo*, pero nunca supe si lo leyó. El caso es que en aquellos años la mayoría de los aprendices de escritores de mi generación adorábamos a Rulfo como a un dios. Y lo copiábamos.

A los dos días de haber escrito “La polvareda” escribí un segundo cuento. Traté de que fuera radicalmente distinto. No era rural ni rulfiano. Contaba ingenuamente la historia de unos jovencitos —entonces los llamábamos *juniors*— que robaban un carro, que se estrellaban en la carretera a Toluca y a quienes luego tenía que salvar papi de la cárcel. En el relato yo intentaba poner en práctica el recurso faulkneriano de la corriente de la conciencia —que también acababa de descubrir— y aunque no me salía muy bien me ayudaba a escapar de la influencia rulfiana. Le puse un título espantoso: “¿Qué me van a hacer, papá?” —el interrogante lanzado por el junior a su papi, al final— y firmé *Gregorio*, el seudónimo con que escribía años atrás en un periódico preparatoriano. Para despistar a los jurados tecleé la versión en limpio en una Smith Corona de letra muy pequeña.

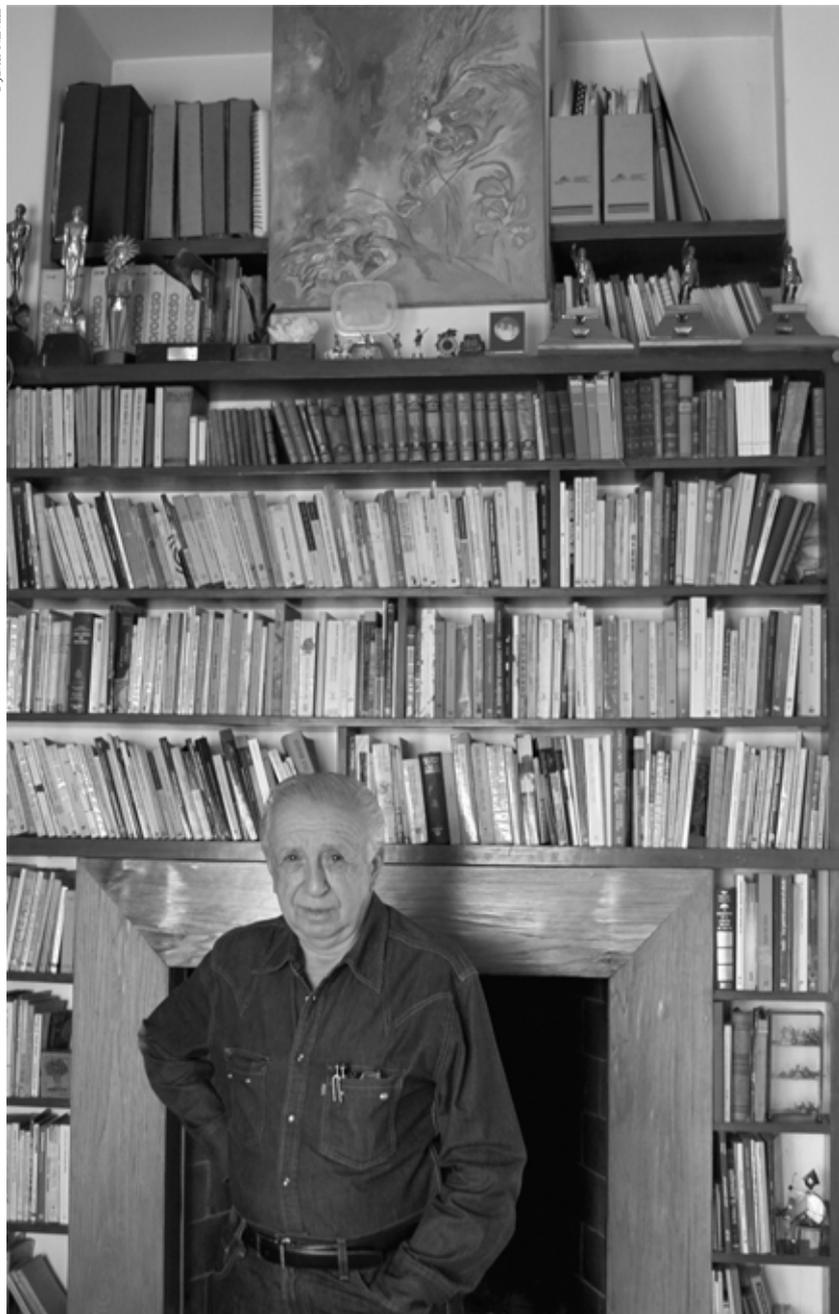
Escritos así, con dos tipos de letra distintos, y siendo de tema y estilo muy diferentes, los jurados nunca sospecharían que pertenecían al mismo autor. Así tendría yo dos oportunidades en lugar de una, como quien compra dos billetes de lotería para duplicar su suerte.

Y así fue. Lo que no me ha sucedido jamás en la lotería me sucedió en la literatura. A “La polvareda” le dieron el primer lugar y a “¿Qué me van a hacer, papá?” le asignaron el segundo.

Sin embargo, la noche de la entrega de premios en la sala Manuel M. Ponce, con el rector Nabor Carrillo como invitado, Henríque González Casanova, presidente del jurado, informó que él y sus compañeros habían decidido, luego de descubrir que los dos cuentos pertenecían al mismo autor, darme sólo el monto del primer premio (los 2,500 pesos) y repartir los 1,500 del segundo entre quienes habían ganado el tercer lugar, Julio González Tejeda, y la mención honorífica: Martín Reyes Vayssade.

La verdad, no me importó gran cosa —me sentía en las nubes—, pero al concluir la ceremonia una voz se alzó de la concurrencia. Era Rubén Salazar Mallén, quien

© Javier Narváez



difícilmente subió al estrado para protestar “por la injusticia cometida a este joven escritor que gana dos premios y le dan solamente el dinero de uno. No hay derecho”. Enrique González Casanova insistió en que el jurado trataba de estimular a otros dos concursantes, pero Salazar Mallén volvió a interrumpir, no para pelear con González Casanova —dijo— sino para dar a conocer a los presentes que ya que el jurado privaba a Leñero de 1,500 pesos, él, de su bolsillo, le entregaría quinientos para compensarlo. Y diciendo y haciendo, el buenazo de Salazar Mallén, que era todo menos un hombre rico, extrajo su chequera, garabateó en un dos por tres las cifras y la firma, y me entregó el documento con un abrazo palmeadísimo.

Mi terrible incultura me hacía ignorar en aquel momento quién era Salazar Mallén, pero a partir de ese instante nació, con mi agradecimiento entrañable, una sólida y respetuosa amistad que el tiempo disolvió por culpa de la complicada ciudad. Amistad de abajo hacia arriba, debo decir, porque siempre lo miré como un maestro de quien aprendí claves importantes y quien me abrió los ojos al canibalismo de la cultura en México. Por conducto de Salazar Mallén, en su circunstancial tertulia en el café Palermo de la calle Humboldt, conocí más tarde a Jesús Arellano (el poeta que se atrevió a ofender en público a don Alfonso Reyes y que por eso fue borrado del directorio intelectual), al nobilísimo Efraín Huerta, al extraordinario Juan Rulfo...

—Usted es por la señal de la santa cruz —me decía Juan Rulfo santiguándose en chunga y haciendo tropezar sus dientes con una risita ladina.

Ya antes me había parado en seco, cuando en la euforia de mi doble premio me le acerqué para decirle todo lo que suele decir un joven a un escritor admirado: he leído todo lo que usted ha escrito, señor Rulfo, y me parece maravilloso, señor Rulfo, y sobre todo, señor Rulfo, admirándolo como lo admiro me da mucho gusto que usted haya formado parte del jurado que me dio el premio, señor Rulfo.

—No se haga ilusiones —me replicó Juan Rulfo—. Yo le voy a decir la verdad si quiere saberla. ¿Quiere saberla?

Dije sí con la cabeza. No alcanzaba a adivinar sus intenciones.

—Usted no ganó por unanimidad ese concurso, ¿sabía eso?

—Pues no.

—Tuvo un voto en contra, y ese voto fue el mío —remató, en seco—. No me gustó nada su cuento ese de “La polvareda”. Era mucho mejor el de González Tejada.

Desde luego ya no busqué apoyo ni orientación literaria en Juan Rulfo. Me fui corriendo con Juan José Arreola.

—Cuidado con Arreola —me advirtió Salazar Mallén.

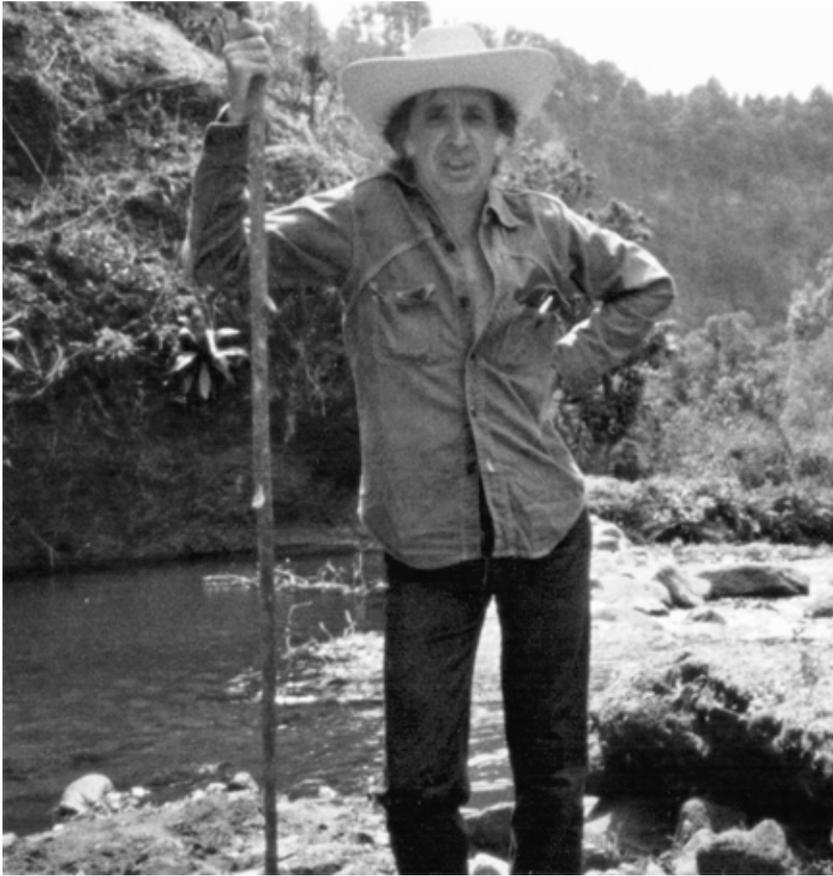


Vicente Leñero, Julio Scherer y Enrique Maza, 1984

Leñero ingresó al taller de Juan José Arreola. Su visión sobre el gran escritor de Zapotlán el Grande en su casa, su taller y su pasión por el ajedrez es una delicia.

Leí, releí, corregí, rescribí, volví a leer y a releer y elegí por fin los que consideraba mis mejores cuentos. Ordenados en un fólder amarillo me presenté con ellos en el departamento donde vivía Arreola, allá por las espaldas del cine Chapultepec. Me había citado a las siete y media de la tarde y a las siete y media de la tarde estaba yo tocando la puerta, nerviosón. No me abrió él sino Orso, un chamaco como de trece o catorce que allí mismo identifiqué como el hijo varón del maestro. Al rato apareció Fuensanta, diezañera, la menor de las hijas, y un poco más al rato el propio Arreola, agitando las manos como si las trajera mojadas y ganseando la cabeza de cabello muy chino, alborotado. Le tendí el fólder amarillo, pero antes de que pudiera completar la primera frase él ya lo estaba rechazando con un ademán y pretextando la atención de un asunto que lo iba a mantener ocupado unos diez minutos allá adentro, en las habitaciones íntimas.

Mucho me ilusionaba celebrar con Arreola, tal como lo había prometido en el momento de hacer la cita, una sesión de trabajo larga, severa, provechosa: él leería delante de mí algunos de mis cuentos y me señalaría aciertos, defectos, equivocaciones; me daría luego su juicio general; me indicaría por dónde seguir, cómo, de qué manera, una vez leídos a solas, con detenimiento, uno por uno, el resto de mis textos.



Vicente Leñero en Tetela del Volcán, Morelos

Ilusión fallidísima. La promesa de Arreola era quizá de muy buena fe, pero sus hábitos literarios lo hacían caer en mentira. Hacía mucho tiempo que él ya no leía a solas los cuentos de sus alumnos sino que lo hacía, cuando lo hacía, en voz alta, delante de un grupo y únicamente durante el tiempo de su taller: el ya entonces célebre taller que Juan José Arreola impartía en el garage frío de una casa de Volga, domicilio del Centro Mexicano de Escritores.

Tardé en enterarme de todo eso: de la existencia del taller de Arreola, del Centro Mexicano de Escritores, de la costumbre que el maestro tenía de analizar allí, sólo allí, los trabajos de sus discípulos. Yo sería uno más a partir de ese momento. Lo era ya desde que Orso abrió la puerta, se asomó Fuensanta a curiosear como si fuera un chango, y Arreola apareció y desapareció pretextando un asunto urgente allá dentro, en las habitaciones íntimas, luego de preguntarme:

—¿Juega ajedrez?

No supe qué decir. Tenía cinco minutos sintiéndome extraño en aquella estancia amueblada únicamente por una larga hilera de mesitas cuadradas con tableros pintados en la superficie que me recordaban el club de San Juan de Letrán, a donde mi padre iba a casi diario a jaquear rivales. Eso parecía la casa de Arreola: un club de ajedrez. Eso era también, a fin de cuentas.

—¿Juega? —volvió a preguntar acomodando las piezas en el tablero más próximo.

—Un poco.

—¿Qué tan poco?

—Un poco. Regular. Creo que soy medio malo.

Dejó de torcer y retorcer su cuello de ganso. Me miró con sus ojillos de duende y sonriendo le dijo a Fuensanta:

—Juégale uno, a ver. Yo ahorita regreso para que veamos lo de sus cuentos —mintió—.

Tanto como si hubiera maljuizado mi estilo literario, me sentí ofendido en mi amor propio al verme invitado a jugar ajedrez con una niña; pero la verdad es que tanto Fuensanta como Orso tenían un alto nivel de juego. A Fuensanta le gané con dificultad y con Orso sólo conseguí unas tablas vergonzosas, merced a un jaque continuo.

Cuando Arreola regresó a la estancia no éramos Fuensanta, Orso y yo los únicos ocupantes, sino además el enorme caudal de amigos y alumnos que todas las semanas, ese día todas las semanas, se llegaban a casa del maestro a visitarlo, a conversar, a recitar López Velarde, a jugar ajedrez con Homero Aridjis, Eduardo Lizalde, Luis Antonio Camargo, Miguel González Avelar... También iban José de la Colina, José Emilio Pacheco, Beatriz Espejo, Fernando del Paso, Juan Martínez, la bellísima Fanny...

Las tertulias se completaban otro día de la semana en el taller de Volga: Tita Valencia, Carmen Rosenzweig, Elsa de Llarena y muchos más que se perdieron en el camino, como erratas.

Allí aprendimos a escribir a fuerzas de escribir. Oyéndonos en Arreola y aprendiendo de Arreola.

Una noche, al echarme a caminar con él por la calle Volga, rumbo al Paseo de la Reforma, me dijo, deteniéndose un segundo a media cuadra:

—¿Sabe qué necesita para volverse escritor, Leñero?

Pensé que Arreola me iba a confiar al fin la clave mágica de la literatura.

—¿Qué?

—Quitarse el segundo apellido. No se puede ser escritor firmando Leñero Otero. Es un versito horrible —me dijo.

Me fui pensando *Arreola está loco*, pero cuando publiqué mi primer libro suprimí para siempre el apellido materno. El libro [*La polvareda*] fue editado por Jus. Reunía algunos de los cuentos guardados en aquel folder amarillo y otros que escribí durante el taller de Arreola. No era un buen libro pero era el primero: el de las ilusiones, el de los entusiasmos, el de las ansias de llegar a ser escritor por encima de todo. Cuentista, pensaba yo.

Treinta años después: ahora, a veces, de pronto, un día, me siento a la máquina para intentar escribir un cuento y las horas se me van frente a las teclas sin lograr concluir la primera cuartilla. La extraigo de golpe castigando el rodillo, la destruyo empuñando la mano con odio, la olvido para siempre tirándola al cesto de la basura. Ya

no sé. Ya no puedo. Ya olvidé cómo se escribe un cuento (*Julio de 1987*).

Leñero a Susana Garduño: Si hubiera escrito la mitad de lo que he escrito lo habría hecho mejor. De todas las novelas que he escrito, de *Los albañiles* para acá, me quedaría yo con la última, con *La vida que se va*, en la que retomé el género de la novela después de diez u once años. El cuento es un género que aprecio muchísimo. De pronto, escribir corto es más difícil que escribir largo.

JUAN JOSÉ ARREOLA, EL PARTERO

No es que Juan José Arreola nos haya enseñado a escribir, sino que fue con Arreola, entre uno y otro textos trabajados especialmente para que el maestro Arreola —el de *Confabulario*, ¿te imaginas?— los leyera en voz alta una noche frente a todos, como aprendimos a vuelta y vuelta a redactar; un poco más al rato, a escribir.

Qué teatral, qué fascinante, qué contagioso nos parecía el Juan José Arreola de fines de los años cincuenta a todos los que nos inclinábamos ante su perspectiva y sabiduría ahora sí que para abreviar conocimientos y sensibilidades. Estábamos ahí, sentados y atentísimos, absolutamente en sus manos. Nuestros cuentos pendían y dependían sólo de su voz; de su lectura capaz de transformarlos de pronto en maravilla.

Sobre la marcha él corregía palabras, cambiaba puntuaciones e inventaba tonos, cadencias, inflexiones que el texto original estaba muy lejos de poseer. Leyendo bien un cuento, Arreola nos enseñaba a buscar los caminos literarios para salir del laberinto de la anfibología y entrar en la eficacia.

Personalmente, aquí en lo íntimo, yo le debo la suerte de haber escapado a tiempo, creo que a tiempo, de los sonidos de Rulfo. Pero además, en lo público, toda mi generación le debe la suerte de haberse dejado inocular por el gusto de trabajar un texto hasta el detalle, de descubrir que lo importante para cualquier autor es encontrar un cómo: cómo decir lo que a mí se me antoja decir, sea lo que sea... el tema es lo de menos. No recuerdo haber oído jamás a Juan José objetar un argumento, o una posición ideológica, o un contenido político. Sí lo recuerdo, y no lo olvidaré, señalándome errores de intención, de tono, de sintaxis. Él estaba en el cómo y con el cómo: siempre ahí: en el cómo escribir el qué de cada quien.

Se alzaba Arreola en el taller con su cuello de ganso, su cabello rizado que siempre sospeché peluca, sus manos de pianista agitadas al aire como si fueran ramas. Se alzaba y recitaba y cantaba y actuaba.

Y uno aprendía por el contagio, ya lo dije: con unas ganas urgentes de alcanzar esa misma pasión por la pa-

labra escrita que yo traduje de él: de él primero y antes que de nadie: de él.

Vivo cargado de recuerdos de aquellas tardes-noches en que aprendía literatura y perdía al ajedrez con Orso, con Fuensanta, con Aridjis, con Camargo, con Lizalde... con el mismísimo Arreola, en el departamento casa-hogar en el que Arreola nos enganchaba historias imposibles, hazañas amorosas, mentiras literarias, embustes bibliográficos, y al mismo tiempo nos publicaba textos imprecisos en los delgados cuadernos de aquel viejo Unicornio.

No es cosa de ponerse a recordarlo todo, pero sí la emoción de nuestros años de primaria narrativa donde se nos apareció, como un milagro, un verdadero merolico de feria literaria que nos vendió, por tres centavos, el elixir del arte, el pase mágico de un quehacer que para muchos sigue siendo la principal razón de nuestra vida.

Arreola merolico, Arreola mago, cuentero, actor, Merlín y Mefistófeles, hechicero, sortilego, encantador, duende, arlequín.

Maestro Arreola, partero de mi generación: sin ti hubiera sido difícil, inmensamente más difícil, de veras más difícil, y tú lo sabes, Juan José: sin ti nos hubiera sido más difícil nacer a la literatura.



En Saltillo, Coahuila